

Editorial

Teoría crítica, Filosofía y esperanza en la sociedad mundial

Hacia 1940, Max Horkheimer afirmaba que “la Filosofía insiste en que las acciones y fines del hombre no deben ser producto de una ciega necesidad. Ni los conceptos científicos ni la forma de la vida social, ni el modo de pensar dominante ni las costumbres prevalecientes deben ser adoptadas como hábito y practicadas sin crítica. El impulso de la Filosofía se dirige contra la mera tradición y la resignación en las cuestiones decisivas de la existencia; ella ha emprendido la ingrata tarea de proyectar la luz de la conciencia aun sobre aquellas relaciones y modos de reacción humanos tan arraigados que parecen naturales, invariables y eternos” (Teoría crítica).

¿Aún tienen vigencia las palabras del filósofo alemán? Planteemos esto último de forma aún más radical: ¿Tiene la Filosofía alguna “ingrata tarea” que realizar en nuestro mundo actual? ¿Es legítimo conservar ese “impulso” crítico y esperanzador? Nuestra respuesta es afirmativa. Consideramos que la

configuración actual de la sociedad mundial constituye un objeto de estudio complejo y problemático que exige la participación de la reflexión filosófica.

Muchos salvadoreños, la mayoría, quizás, continúan interpretando ciertos procesos socio-históricos como si fuesen el resultado de dinámicas naturales, de factores naturales cuya operatividad sería inevitable. Paulo Freire decía que ante la respuesta “el mundo es así” de sus estudiantes, él aclaraba y les insistía que el mundo “no era así”, sino que “estaba así”. Para Freire, el “estaba” significaba que la situación de pobreza y miseria de muchos brasileños respondía a realidades históricas, no naturales. Hoy muchas personas creen que el fenómeno de la globalización —con sus implicaciones culturales, políticas y ecológicas— es algo “natural”; que es “natural” encontrar cada día al mendigo que pide dinero en el bus o en las intersecciones de calles y avenidas; que es “natural” convivir diariamente con el cáncer, el sida, los homicidios, la violencia, la industria de la publicidad y las telenovelas. Esta especie de fatalidad cotidiana, si se le puede llamar así, termina convirtiéndose en una fatalidad histórica: “Qué vamos a hacer, el mundo es así”. Ante esto, pues, la Filosofía tiene mucho que decir.

Frente a los saberes establecidos y hegemónicos, también es pertinente preguntarse desde la Filosofía sobre la verdad y sobre los alcances de las visiones científico-tecnológicas. Ya Adorno y Horkheimer analizaron y criticaron en su momento el fenómeno de la industria cultural. La ciencia y la técnica de las sociedades capitalistas no solo lograron domar las fuerzas naturales, sino que consiguieron la domesticación de los sujetos. Los escaparates de los centros comerciales se erigieron en los nuevos santuarios donde se admiran y se les guarda devoción a las mercancías. El capitalismo hizo del tiempo un “tiempo homogéneo y vacío” (Benjamin). De ahí que no haya auténtica novedad en las novedades, siempre estamos ante el acontecimiento de lo mismo, esto puede constatarse en las modas, el ejemplo preferido de Benjamin. Para estos filósofos frankfurtianos los grandes ideales de la Ilustración habían fracasado, pues el *sapere aude* kantiano estaba muy lejos de adoptarse como forma de vida. El fordismo había triunfado en la fábrica y en la producción de bienes culturales. Se vuelven legítimas, entonces, las preguntas en torno a los usos y alcances de los conocimientos científico-técnicos. El “mundo de la vida” siempre demanda valoraciones que trasciendan el saber científico, por un lado, y el mundo de lo fáctico, por otro.

¿Puede conservarse o retomarse, entonces, el impulso crítico de la Filosofía? La apuesta, como ya dijimos, es que sí. Se trataría, en primer lugar, de un impulso que sepa dar cuenta del lugar en y desde el cual se interpretan los hechos, los saberes, en síntesis, el mundo. Esto impediría no solo absolutizar una perspectiva de análisis, sino tomar salidas fáciles o acudir a discursos cínicos que se amparan en la idea de la tolerancia. Pero tampoco se trata de caer en relativismos. Se trata de historizar o contextualizar la reflexión filosófica, y solo desde esa historización aspirar a cierta universalidad. Esto dará un saber crítico e iluminador, no hegemónico o imperialista.

En segundo lugar, debe ser una reflexión filosófica que sepa dialogar de manera seria y profunda con el resto de saberes, pero que trascienda al mismo tiempo la concreción histórica de esos saberes. No porque la Filosofía esté en condiciones —“más allá del bien y del mal”— de tener una visión neutral o total de los problemas humanos, sino porque los problemas que se plantea y el modo de preguntar exigen al filósofo cuestionar, relativizar y reconstruir el saber o los saberes. Esto nos dará un conocimiento filosófico creativo.

En tercer lugar, sin olvidar el binomio saber-poder analizado con lucidez y claridad por Michel Foucault, el saber filosófico no debe perder de vista el compromiso socrático con la verdad. La Filosofía requiere, hoy más que nunca, esa voluntad de verdad; pues vivimos en una “sociedad de la información” en la que parece que cualquiera tiene competencia ética e intelectual para analizar ciertas temáticas ya sea en radio o televisión. El ingente trabajo intelectual debe estar por encima de la charlatanería mediática. Por ello tenemos que ser exigentes, buscar la verdad que posibilita mayores niveles de humanización, de verdadero compromiso y solidaridad con los demás.

Finalmente, quizá valga la pena tener en cuenta la “nostalgia teológica” del último Horkheimer o el “Ángel de la historia” de Walter Benjamin. El primero decía que si algún sentido conservaba la teología para su tiempo, ese sentido se expresaba más o menos así: que el verdugo no triunfe sobre las víctimas. Mientras que en una de sus tesis, Benjamin nos habla del ángel que posa su mirada sobre una catástrofe que se cierne tras de sí, la barbarie que produce el progreso. Y “bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer los fragmentos. Pero desde el paraíso sopla un viento huracanado que

se arremolina en sus alas, tan fuerte que el ángel no puede plegarlas. El huracán le empuja irresistiblemente hacia el futuro, al que da la espalda, mientras el cúmulo de ruinas crece hasta el cielo. Eso que nosotros llamamos progreso es ese huracán”.

Si la tarea de la Filosofía es “ingrata”, como dice Horkheimer, probablemente se deba a que la auténtica reflexión filosófica tiene que historizar su propio lugar de reflexión, aprender a ser genuinamente creativa, conservar el interés por la verdad y, probablemente lo más difícil, proyectar cierta esperanza de que el mal no triunfará, en forma definitiva, sobre las víctimas. Quizá en esto la Filosofía esté a un paso de la fe o la teología, pero ello no sería evidencia de su torpeza o fracaso; al contrario, eso mostrará que se ha tomado en serio aquella divisa frankfurtiana de no ahogar la reflexión en lo fáctico, de no naturalizar lo que compete al orden socio-histórico.